

XXVIII

Markett, cuya serenidad no se había desmentido desde la llegada de Mme. Leroy, y que no había dejado, ni aún por un momento, que sus pensamientos se revelaran en su rostro, se acercó á Luisa, inclinó hácia ella su elevado cuerpo, y tomándola de las manos, la obligó á que se levantara, diciéndole con voz conmovida:

—Basta, señora, basta. Calmaos, tranquilizaos. Lo que acabais de decirme, os hace á mis ojos más digna de ser respetada, más sagrada... Nunca me perdonaria el haber dejado correr esas lágrimas, si ellas no me hubiesen demostrado la sublime abnegación de que es capaz una mujer y una madre... Vuestro último grito, el mentís que habeis dado á las palabras que acababais de pronunciar... esa revolución inmediata de vuestra honradez y de vuestra virtud, me han hecho comprender que ciertos sacrificios, no pueden cumplirse por ciertas mujeres. En

un arranque de desesperación, piensan en el martirio y corren valerosamente al suplicio; pero las fuerzas las abandonan y caen en el camino.

Si solo se tratase de morir, seguirían su marcha; es su honor el que se necesita inmolar, y les falta el valor... Otras son más intrépidas; no las desprecio. En ciertas circunstancias, hasta las admiro; pero honro, venero á aquellas que despues de haber concebido la idea de un sacrificio sublime, no han podido cumplirle.

Y como Luisa continuaba de pié, con los ojos elevados para dar gracias á Dios, las manos cruzadas sobre el pecho, escuchándole sin interrumpirle, Markett se dirigió hácia la mesa donde ella había dejado algunos minutos antes el recibo de los cien mil francos, y añadió:

—Seré yo quien inutilice este recibo. Vuestro marido continuará siendo mi deudor... Más tarde, ya veremos como podrá librarse de este compromiso.

—¡Cómo! ¿Será verdad? ¿Consentís? exclamó Luisa.

—Miraré, señora, como un cambio dichoso, el poseer por esa suma la amistad de una mujer como vos, si es que la amistad puede tenerse por el dinero.

Iba á continuar cuando llamaron vivamente en la puerta de entrada. El primer movimiento de Markett, fué lanzarse á la puerta y correr el cerrojo. Maquinalmente conocia, que un extraño, cualquiera

que fuese, no debía de hallar á Mme. Leroy en su habitacion. Pero llamaban más fuerte, con impaciencia y cólera: los mozos del hotel habian dicho sin duda que no habia salido, y el que llamaba, habia acaso oido correr el cerrojo en el momento que se dirigia á abrir.

Entonces Markett se adelantó hacia Mme. Leroy, y le dijo en voz baja:

—Tened la bondad, señora, de pasar algunos instantes á la pieza inmediata. Pronto quedará libre, y os rogaré paseis de nuevo á este salón.

—Luisa, se dirigió aturdida aun y sin saber lo que hacia, hacia el cuarto que le designaban.

—Markett cerró la puerta de comunicacion, se dirigió hacia la que daba á la galería, recorrió el cerrojo y abrió.

—Un hombre se presentó en el salón; era Jorge Leroy.

XXIX

El americano tuvo bastante presencia de ánimo para no manifestar turbacion ni extrañeza alguna. Se limitó á decir á Jorge:

—¡Calla! ¿Sois vos querido amigo? No os esperaba hasta mañana por la mañana... Pero, ¿qué teneis? ¿Por qué esa palidez, ese aire tan inquieto, esas miradas? Se diria que buscais á alguien ó alguna cosa.

—Mi mujer está aquí, caballero, no lo negueis.

—¿Y quién piensa en negarlo? dijo Markett con voz serena... Ciertamente, aquí está vuestra esposa... Allí, en esa habitacion, adonde la he rogado que entrase cuando llamasteis á la puerta... ¿Podia yo acaso adivinar que erais vos, y la debia de hacer sufrir la presencia de una visita del primero que llegase?

—¿Y por qué está aquí? preguntó Jorge con cólera.

Antes que Markett le contestase, vió sobre la mesa el recibo de los cien mil francos, hecho dos pedazos; se puso aun más pálido y mostrándole aquel papel:

—¿Sois vos quién le ha roto? balbuceó... y sin embargo...

—Sin embargo, continuó Markett, no me habeis devuelto esta suma. Esto es justo, querido amigo; pero no pueden existir deudas entre nosotros... Si no me comprendéis, voy á explicarme más claramente, despues de rogar á vuestra esposa que se reuna á nosotros.

Etonces se dirigió hácia la habitacion donde se hallaba Mme. Leroy, abrió la puerta, y sin entrar, dijo en alta voz:

—No es un extraño, es vuestro marido señora; podeis salir.

Markett hablaba al parecer tan naturalmente, con tanta serenidad, que Jorge Leroy, no sabia ya qué pensar, y sus dudas y temores iban desapareciendo. A pesar de su respeto á Luisa, la confianza que siempre habia tenido en ella, acababa de ceder ante los celos. El hombre enamorado no se halla nunca al abrigo de un cambio de ese género; pero el hombre justo, el hombre razonable, recobra inmediatamente el dominio sobre sí mismo, el pasado de la mujer amada estalla, brilla repentinamente y le asegura sobre el presente y para el porvenir. La

vió tal como habia sido siempre, no como se le habia aparecido un instante. Se arrepintió de esta corta vision y se arrodilló ante la santa, por un momento confundida.

Markett, entre tanto, comprendió cuan embarazosa y delicada era la situacion respectiva de los dos esposos, y sin darles tiempo para hablarse, para mirarse, para reconocerse, les dijo:

—¿No tenia derecho para romper este recibo, para rechazar que exista entre nosotros una cuestion de interés, una deuda, despues de lo que acabo de saber?

Y volviéndose hácia Jorge, separándole de Madame Leroy, impidiéndole verla, notar su admiracion, añadió:

—¿Pero vos no sabeis nada?... No sabeis que esta mañana me he decidido al fin á tener un poco de valor... He vencido esta timidez que ha estado á punto de hacerme muy desgraciado .. Sí, continuó sonriendo, en la vida ordinaria no os habeis apercibido de mi defecto, de mi vicio. Hablo como todo el mundo, me presento en un salon, sobre poco más ó ménos como todas los demás; pero al lado de la que amo, me convierto en un niño... sí, en un niño.. No se hablar, balbuceo ó me callo, y nadie puede saber lo que siento, y á veces lo que sufro. Amo hace largo tiempo á vuestra hermana Alicia de Servan, y me he conducido de tal modo, que no sospe-

chañdo ella mi amor, se ha mostrado conmigo desdeñosa, desdeñosa para desesperarme... De modo que persuadido de que no me amaba, de que no me amaría nunca, iba á partir, iba á dejar á París y á la Francia, á la cual no habia venido sino por verla y por pedir su mano... En fin, esta mañana, despues de haber recordado muchas cosas, me he dicho á mí mismo: «Acaso hay una mala inteligencia entre nosotros, es preciso que yo me explique y puesto que mi corazon late tan fuerte cuando se halla á su lado, que corta mi voz, le escribiré... ¡Ah! bien sé que he cometido una falta contra los usos de vuestro país. En Francia, no está permitido escribir así á las jóvenes; pero entre nosotros ésta correspondencia está tolerada; se desea que los jóvenes se conozcan antes de casarse, y los dejan en entera libertad.

Por lo tanto le escribí extensamente y Mlle. de Servan se ha dignado contestarme. Tomad, he aquí su carta, su amada carta. No me habla de ella, no me habla sino de vos; me dice la falta de su padre y me cuenta vuestros sufrimientos desde hace ocho dias... ¡por qué me evitais, por qué me temeis, por qué ella misma, por un sentimiento de delicadeza se creia obligada á guardar esa reserva?... ¿Y sabéis lo que es más adorable en su carta, lo que ha hecho que al leerla se arrasasen mis ojos de lágrimas? Pues es que no me ruega como vos acaso lo hubierais hecho, que perdone á su padre, que no

os haga responsable de su falta... No me pide nada semejante, únicamente me dice: «Puesto que me amais, la falta de los míos es la vuestra; venid á tendernos la mano para hacernos olvidar la triste semana que acabamos de pasar.» No duda un instante de mí, añadió Markett como trasportado. ¡Esto es encantador, grande, sublime!... Luego, volviéndose hácia Jorge y Luisa, tendiéndoles sus dos manos, les dijo: ¿Quereis permitirme que os llame mi hermana, y á vos mi hermano? Los dos se arrojaron en sus brazos, y aquellas tres honradas personas que tanto acababan de sufrir, lloraron de alegría.